

Hozar en las tumbas de nuestros padres

Nuestro galardonadísimo Camilo J. Cela ha aludido recientemente en un diario bien conocido a la Guerra de España como a «esa estúpida e inútil guerra de 1936». (11/1/94).

No pensaba lo mismo el ilustre Premio Nobel durante aquella contienda, en la que actuó como censor voluntario de prensa y libros en Zona Nacional, y a cuyo término se ofreció a la Policía como delator de los vencidos. Tampoco pensaba así años más tarde cuando escribió en el libro «Laureados de España» a propósito de la muerte de Zumalacarregui: «Con don Carlos lloraron millares de españoles, y nuestra pobre y grande, la malquerida España, cayó tan al abismo que, para levantarse, le hizo falta: primero, todo un siglo; después... la bendición de Dios para Francisco Franco, nuestro Caudillo y Padre». (pág. 193).

Claro que de sabios es mudar de

opinión, y de más sabios todavía cambiar oportunamente.

También el periódico que le acoge en su colaboración más destacada (en sustitución de Umbral) ha seguido análoga evolución. ABC, en su edición de Sevilla, fue puntero en el Alzamiento Nacional y obtuvo las primicias de los manifiestos importantes del Generalísimo. Hoy, en su diaria sección de Efemérides del Día recorre toda la historia, pero se salta los años de 1936 a 1939 como si de una época ignominiosa se tratase, de la que debemos avergonzarnos los españoles.

Creemos, sin embargo, que si alguna guerra moderna ha tenido sentido y ha concitado el apasionamiento ideológico y religioso del mundo entero, esa fue la Guerra de España. ¿Qué motivación tuvieron la espantosa carnicería de la Guerra del 14 y su prolongación en la de 1939-1945?

¿Quién recuerda los oscuros asuntos económicos que las desencadenaron? Se combatía en ellas por ser francés, o inglés, o alemán y haber sido movilizado. En la Guerra de España se luchaba —con inmensa proporción de voluntarios— por creencias, convicciones e ideas.

Después de medio siglo de leyenda negra sobre aquella lucha, sólo he visto reconocido su sentido en la enciclopedia francesa de nombres propios Robert. Dice así en su voz «España»: «Fue una guerra sangrienta en la que se luchaba por Dios o por el Diablo (Hemingway), representando los dos partidos dos concepciones del mundo inconciliables».

COMUNION
TRADICIONALISTA
CARLISTA
Junta Local de Madrid

LA NACION

8 feb. 1994